

*ANUARIO*  
*DE*  
*LINGÜÍSTICA*  
*HISPÁNICA*

VOLUMEN XI • 1995

---

SEPARATA

---



UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

# LA INTERJECCIÓN COMO MARCADOR DISCURSIVO: EL CASO DE *EH*

## 1. INTRODUCCIÓN

A pesar del escaso interés que la lingüística ha dispensado generalmente a todas aquellas unidades que escapaban a las clasificaciones tradicionales (clases de palabras, oraciones, etc.), algunas disciplinas de desarrollo reciente como la pragmática, el análisis conversacional, la etnometodología o la sociolingüística interaccional han venido subrayando durante estos últimos tiempos la relevancia que esas formas verbales suelen tener en la organización del discurso humano. «Palabras funcionales», «conectores pragmáticos», «marcadores discursivos» «reguladores», etc., constituyen sólo una breve muestra de las nociones que, desde una óptica eminentemente funcional, están siendo estudiadas últimamente, tomando quizá así el relevo de análisis más tradicionales en los que para referirse a idénticas formas se utilizaban otras etiquetas más conocidas, pero sin duda también más ambiguos, como las de «partículas», «adverbios», «interjecciones», etc., auténticos cajones de sastre en los que cabía prácticamente todo, en especial todo aquello que no encontraba cauce en las capacidades hermenéuticas y metodológicas del lingüista profesional. Desde una perspectiva interaccional en el estudio del discurso<sup>1</sup>, proponemos en este trabajo el análisis de una unidad lingüística muy frecuente en algunos tipos de interacción en español: la forma *eh*, una expresión que la gramática ha solido incluir en uno de esos cajones de sastre a los que hacíamos referencia, la clase de la interjección. A lo largo de las páginas siguientes intentaremos demostrar que el empleo de dicho elemento, al margen de cualquier consideración normativa que quisiera reducirlo a la simple condición de *muletilla* —uno de esos *tics* lingüísticos a los que con frecuencia recurren los hablantes con escasa destreza en el empleo de la lengua— desempeña un papel importante desde un punto de vista funcional, como marcador de diferentes significaciones en diversas dimensiones de las actividades discursivas.

1. En la misma línea epistemológica propuesta recientemente por autores como Kerbrat-Orecchioni (1990), Vion (1992) o Schiffrin (1994), consideramos también prioritaria esta forma de aproximación al discurso, especialmente si la comparamos con otras más ancladas en el nivel textual o en el de la enunciación.

Tras un primer capítulo en el que pasaremos revista a algunas interpretaciones recientes sobre la funcionalidad de los *marcadores del discurso* (denominación que aquí preferimos a otras posibles), pasaremos a continuación al análisis de los problemas epistemológicos que presenta la expresión elegida, especialmente los referidos a su estatus lingüístico como interjección. La parte central y más extensa del trabajo estará dedicada al comentario, a través de datos extraídos del habla real, de los significados y funciones principales de *eh* en español, así como a algunos problemas estructurales del análisis interactivo en los que esta unidad aparece. Para finalizar, nos ocuparemos brevemente de ciertos aspectos sociolingüísticos relacionados con su uso en la lengua actual.

## 2. FUNCIONES DE LOS MARCADORES DISCURSIVOS

Independientemente de las significaciones específicas que cada una de estas unidades puede aportar, existen algunas notas comunes que permiten dar cuenta de la función general de esta categoría del análisis discursivo a la que denominamos *marcador*. En uno de los trabajos más completos publicados hasta la fecha sobre este tema, la investigadora Deborah Schiffrin (1987: 315) ha subrayado que tanto las propiedades del discurso (el discurso es siempre sensible al contexto a la par que comunicativo) como las características lingüísticas (semántico-pragmáticas y/o gramaticales) de las expresiones que funcionan como marcadores determinan su rasgo identificador más importante: la función deíctica que realizan. En este sentido, los marcadores actúan como indicadores o señalizadores del sentido específico que un enunciado posee en un contexto determinado. A juicio de Schiffrin, es precisamente esta función deíctica la clave principal para entender el uso de los marcadores discursivos ya que proponen coordenadas contextuales dentro de las cuales son producidos y —lo que viene a ser más importante— interpretados los enunciados lingüísticos.

Algunos ejemplos previos pueden contribuir a hacer más evidente la relevancia de estas unidades en el discurso. La forma *bueno* desempeña como sus equivalentes en otras lenguas (ing. *well*; fran. *bon...*) un papel destacado como marcador en determinados tipos de interacción (conversaciones, discusiones, entrevistas...). Como ha visto Schiffrin (1987: 102-127) en el caso del inglés, aunque sus conclusiones son en este caso perfectamente extensibles al español, en las estructuras de pregunta/respuesta uno de los usos más frecuentes de esta unidad se produce cuando las opciones significativas ofrecidas por el primer miembro del par de adyacencia no son aceptadas completamente por el inter-

locutor, quien con su respuesta intenta reformular los límites de tales opciones. Analicemos, por ejemplo, el siguiente caso, extraído de una entrevista radiofónica en la que el participante que adopta el papel de presentador-entrevistador se dirige a su interlocutor, el entrevistado —en este caso un representante de la Conferencia Episcopal española—, al que le formula una pregunta en la que le pide una valoración sobre un determinado tema de la actualidad política española<sup>2</sup>:

(1) Entrevistador: Sí, Monseñor, pero...

si hay una reforma laboral que se demuestra que crea empleo,  
empleo precario, un poco por los pelos si se quiere  
todo eso se puede discutir, se puede varlorar  
pero ¿se la puede calificar de indigna?  
¿es realmente tan mala como ustedes la pintan?

Entrevistado (p.5. s): *Bueno...* esa pregunta que usted me hace

a una persona que no es un técnico en la materia  
¿verdad?  
pues no la puede contestar del todo bien  
perooo... para la Iglesia, y el Papa lo ha dicho  
muchas veces  
el trabajo debe ser un bien prioritario por encima  
de otros...

Parece que la estrategia adoptada por el entrevistador ha puesto en un severo aprieto al entrevistado cuando éste se ha visto en la necesidad —que en un contexto de entrevista se convierte en obligación— de responder a la pregunta formulada por el primero, adhiriéndose a las reducidas posibilidades significativas —afirmativas o negativas en este caso— abiertas por la cuestión. Y de ahí la presencia en la respuesta del entrevistado de ciertos rasgos que evidencian el intento de eludir esa adhesión: la larga pausa que precede a su intervención, el comienzo de ésta mediante el marcador *bueno*, al que sigue también una pausa, la estrategia que lleva al locutor a declararse poco competente en la materia objeto de la entrevista, etc. Elementos todos ellos que revelan el deseo de este participante por escapar al marco de posibilidades significativas planteadas por el entrevistador y la necesidad de rees-

2. Para situar más adecuadamente la situación en que se produjo esta interacción, diremos que la entrevista con este obispo respondía al interés de la prensa por las declaraciones de la Conferencia Episcopal española realizadas a finales de 1994 y en la que esta institución había calificado en términos muy negativos la reforma laboral aprobada hacía unos meses por el gobierno español, llegando incluso a considerarla como un grave atentado a la dignidad humana.

estructurar ese espacio interactivo hostil al que le ha llevado la pregunta, por otro distinto, más favorable, en la respuesta<sup>3</sup>.

Entre nosotros, y en una de las escasas investigaciones sobre estos temas desarrolladas hasta el momento, J. Ortega (1985) ha analizado determinadas características pragmáticas de los denominados «comprobativos» en español, una serie de expresiones adosadas a enunciados base (asertivos, exhortativos, desiderativos...) de los que se sirve el hablante para conseguir cierta anuencia por parte del interlocutor. De la combinación de las modalidades oracionales y estos comprobativos surgen diversos significados ónticos mixtos, como las *preguntas confirmativas* —en las que el hablante obliga al oyente a contestar para que ratifique o rechace lo que se expresa en el enunciado-base —ej. *¿no? ¿verdad? ¿no crees?...—*, las *órdenes temperadas*, en las que el marcador influye sobre órdenes o mandatos —*¿vale? ¿de acuerdo? ¿no?...—* etc.

En el marco de un análisis de estructura textual, Hölker (1989: 84) ha insistido también en la función de anclaje del significado pragmático de los enunciados que desempeñan estos marcadores: «By marker I mean an expression that has the function of marking/characterizing the role/function of an utterance within co- or context». A este respecto, por ejemplo, los marcadores pueden ser formas esenciales para la progresión temática del texto, es decir para su misma cohesión. De esta cuestión nos ocuparemos precisamente en un capítulo posterior de este trabajo.

Por su parte, J. Luschner (1989) ha puesto de manifiesto recientemente cómo las unidades que aquí nos ocupan —y para las que prefiere la denominación más común de *conectores*— han sido estudiadas casi siempre desde el punto de vista del emisor y no como guías inferenciales que ayudan a la comprensión del mensaje por parte del receptor, punto de vista éste último que considera más adecuado: «cette différence d'orientation nous amène a considérer les connecteurs comme une guidant de l'interprétation et donc comme facilitant la compréhension des énoncés dans lesquels ils apparaissent» (pp. 48).

En cualquier caso, la interpretación de los marcadores y de sus funciones en el discurso, sea en el plano que sea, no puede quedar restringida al ámbito de los significados proposicionales de los enunciados lingüísticos, sino que debe incluir el conjunto de inferencias derivadas de la aplicación de principios contextuales y pragmáticos, así como de las actividades discursivas ejecutadas por medio del lenguaje, acciones que constituyen una parte integral del discurso y que son ejecutadas en contextos interaccionales y culturales definidos.

3. Y de ahí, por contario, que el uso de *bueno* como marcador discursivo no sea previsible en aquellas interacciones en las que el hablante se limita a adherirse a las opciones de respuesta codificadas por la forma de la pregunta.

Como ha repetido Schiffrin en diversas ocasiones (1987; 1994), en este modelo de discurso —que suscribimos— están presentes tanto unidades interaccionales (intercambios, intervenciones, actos de habla...) como lingüísticas (proposicionales), esto es, hablante y oyente relacionados entre sí y con sus enunciados en un marco dinámico de participación o negociación conversacional (vid. Goffman 1981; Kerbrat-Orecchioni 1990; Vion 1992). Por tanto, la coherencia discursiva, a la que contribuyen los marcadores, debe ser definida más bien como el conjunto de esfuerzos de los interlocutores por integrar tanto el conocimiento como el significado, tanto el decir como el hacer.

En definitiva, los marcadores constituyen desde este punto de vista piezas claves para la creación o la exhibición de la coherencia discursiva ya que establecen relaciones entre unidades del habla, ya sean éstas proposiciones, acciones, turnos de palabras, etc.

Es importante insistir en el hecho de que el estudio de los marcadores debe emprenderse desde una óptica necesariamente interaccional, lo que representa partir de la base de que en los intercambios comunicativos no sólo debemos contar con la yuxtaposición de las sucesivas intenciones de los sujetos psicológicos que intervienen en la comunicación. Por el contrario, es preciso arrancar desde una perspectiva intersubjetiva más amplia en la que las aportaciones alternativas de los interlocutores van creando diversos espacios interactivos en el curso de la comunicación (Vion 1992, cap. II)<sup>4</sup>. A este respecto, por ejemplo, y a propósito de los llamados marcadores o conectores fálicos en italiano, C. Bazanella (1990: 630) ha señalado que su función principal es contribuir al compromiso mutuo entre hablante y oyente, esto es, a la construcción común del mensaje conversacional: «By PCs (phatic connectives) I mean those items (...) which may perform a phatic function in the discourse, underlying the interactive structure of the conversation. I distinguish them from the 'pragmatic connectives' which also include metatextual connectives». Unos años antes, Otsman (1981: 7-17) había subrayado que el significado prototípico de estas unidades se deriva del esfuerzo por parte del hablante por conseguir la cooperación o la aceptación del contenido proposicional de sus enunciados, contenido al que se considera implícitamente como parte de un fondo cognitivo y cultural común de los participantes en la interacción: «(markers) have the ability to 'implicitly anchor' the utterance in

4. Desde esta óptica, ciertos conceptos como el de *co-enunciador* desarrollado por Culioli (1990) dan cuenta mejor de esa dimensión intersubjetiva de la comunicación humana que otras más tradicionales y frecuentes en el análisis del discurso como las de emisor, receptor, locutor/alocutor, etc.

which they function, to the speaker's attitudes towards aspects of the on-going interaction» (p. 5).

Ahora bien, a nuestro juicio, no sólo los marcadores de carácter fático participan de esta perspectiva dinámica. En general, todas las unidades marcadoras se sitúan en un nivel dialógico, ya que, al menos desde la obra pionera de M. Bakhtine (1986) sabemos que toda actividad discursiva —incluidas las monologales— implica la presencia, al menos implícita, de un interlocutor.

Otro de los aspectos más relevantes en el análisis de los marcadores es el que hace referencia a las relaciones entre su significado y las funciones que desempeñan. En este sentido, es posible establecer algunas diferencias entre las unidades marcadoras. Por un lado, nos encontramos con expresiones cuyas funciones específicas en el discurso aparecen directamente relacionadas con un significado semántico y un estatus gramatical básicos. A este grupo podrían pertenecer, por ejemplo, la mayoría de los «comprobativos» (*¿no?, ¿verdad?, ¿no crees?*), marcadores que, como vimos, contribuyen a la formación de modalidades mixtas en español y cuya significación está íntimamente vinculada a la presencia de éstos. Y lo mismo podríamos decir de la mayoría de los conectores pragmáticos, como las tradicionales conjunciones y locuciones conjuntivas de coordinación y subordinación.

En un grado más abajo de esta escala podríamos situar a otras unidades que, partiendo de formas de una lengua con significación semántica y estatus gramatical tradicionalmente reconocidos por la gramática, aparecen ocasionalmente gramaticalizados en diversas ocurrencias discursivas, por lo que su funcionalidad en tales circunstancias no está tan relacionada con dicho estatus. Este sería el caso, por ejemplo, de marcadores de respuesta como el mencionado *bueno*, cuya contribución a la coherencia discursiva en diversos tipos de interacción no parece tener mucho que ver con el sentido básico del adjetivo originario.

Por último, nos encontraríamos con los marcadores con escaso o nulo contenido denotativo primario. Y aquí es donde podríamos incluir, por ejemplo, a algunas interjecciones, como la que analizaremos más adelante.

En relación, asimismo, con el significado de los marcadores, se ha indicado que éste puede ser referencial pero, también —y ésta es una de las principales aportaciones de los marcadores al desarrollo-discursivo-social y/o expresivo. Los marcadores serían, pues, piezas importantes en los procesos de construcción conjunta de la interacción como señalábamos anteriormente, y también contribuirían al añadido de matices diversos de significación emotiva e interpersonal, que denotarían las actitudes de los participantes ante sus propios enunciados y ante sus interlocutores.

Para D. Schiffrin (1987: 319) es posible formular un principio general que afecta a la significación de los marcadores y que podría enunciarse como sigue: si un marcador tiene significado (referencial, semántico o denotativo, se entiende) su uso primario en el discurso radicará en la organización de significados referenciales o ideacionales en el nivel textual. Por el contrario, si un marcador no posee tal significado, o éste aparece muy diluido, dicha función primaria no será ideativa, sino que aparecerá vinculada a otros niveles del discurso como el plano interaccional. Como veremos en el siguiente capítulo, esta distinción tiene una especial relevancia para el análisis de la unidad elegida en este trabajo, la interjección *eh*, en su función de marcador discursivo.

Por otro lado, algunos de los ejemplos propuestos en esta breve introducción a los marcadores nos han permitido comprobar cómo la mayoría de estas unidades son generalmente polifuncionales, es decir, que junto a su función déctica primaria pueden aparecer en diferentes contextos otras de carácter secundario o derivado, relacionadas en mayor o menor medida con la primera. Siguiendo a O. Ducrot y otros (1985), podríamos decir que los empleos de estas unidades, en ocasiones extraordinariamente diversificados, pueden ser considerados como casos particulares de un más valor general.

Por último, parece conveniente recordar la extraordinaria frecuencia de estas unidades en el discurso, circunstancia ésta que junto a las ya reseñadas viene a hacer todavía menos disculpable el olvido al que durante tanto tiempo las ha relegado la ciencia lingüística. A falta de datos estadísticos sobre nuestra propia lengua, no estará de más que aportemos, siquiera como apunte significativo, algunos ejemplos proporcionados por estudiosos de otros idiomas. Así, por ejemplo, y en referencia al marcador *well* en inglés, Svartvik (1980: 169) encontró en un corpus de habla londinense la ocurrencia de esta forma cada 150 palabras. A similares conclusiones llega C. Bazzanella (1990: 636) en su estudio sobre los conectores fáticos en italiano. Y en otras lenguas alejadas de nuestro entorno la importancia funcional y estadística de estas unidades es todavía mucho mayor. A este respecto, por ejemplo, Luke (1987) ha observado tras diversos recuentos de corpus de habla cantoneses cómo en esta lengua la presencia de estos elementos se produce nada menos que cada 1,5 segundos!

### 3. SOBRE EL ESTATUS DE LA INTERJECCIÓN

En el epígrafe anterior hemos realizado un breve repaso sobre algunas de las características más sobresalientes compartidas por los marcadores discursivos en general. En este capítulo, sin embargo, abordaremos el análisis detalla-

do de uno de los subgrupos que pueden desempeñar dicha función y al que probablemente se ha dedicado una menor atención: la interjección.

Es posible que una de las razones que expliquen tal estado de cosas resida en un cierto recelo epistemológico a aceptar el carácter de marcador para una clase de palabras que, como ocurre con las interjecciones, están lejos de ser reconocidas unánimemente en la tradición gramatical como unidades con estatus lingüístico propio, y que en cualquier caso, han sido por lo general pobremente estudiadas.

Aunque no es nuestra intención repasar en este momento las principales ideas que en torno al concepto de interjección se han elaborado en la historia de la lingüística, sí creemos conveniente al menos reseñar aquellos aspectos que más íntimamente pueden estar relacionados con nuestro objeto de estudio.

R. Almela (1982), en uno de los trabajos más completos sobre el tema de la interjección realizados en nuestro país, ofrece un resumen muy útil sobre las concepciones más habituales que en esa tradición se han dispensado a esta clase heterogénea de palabras. Entre las ideas más comunes aparece, por ejemplo, la negación de estatus gramatical para la interjección ya que, con frecuencia, su valor en la lengua se ha asimilado al de otras expresiones de difícil caracterización como onomatopeyas, exclamaciones, gritos instintivos, voces para apelar al mundo animal, etc., es decir, todas aquellas formas que, pese a su realización por medios verbales, pertenecen exclusivamente al mundo de lo afectivo y carecen del carácter simbólico y representativo de las otras clases de palabras. Precisamente este énfasis en el significado afectivo constituye uno de los escasos puntos de encuentro entre los tratados y monografías dedicados a la interjección.

Otro aspecto interesante para nuestro objeto de estudio es el relacionado con las clasificaciones propuestas en torno a la interjección. El lingüista J. M. Lope Blanch (1956, 1962), por ejemplo, ha distinguido entre expresiones interjectivas, interjecciones propiamente dichas e interjecciones puras. El lingüista hispanoamericano considera que las primeras pueden realizarse como oraciones, vocativos..., mientras que las interjecciones propiamente dichas (incluidas las formas tradicionalmente llamadas «impropias»: vg. *¡bien!*, *¡un cuerno!*, *¡demonios!*...) son morfemas gramaticales realizados como formas nominales, adjetivas, verbales o adverbiales que, acompañadas siempre del tono exclamativo, nunca pueden funcionar como oraciones ni como partes de la oración, pero que por su contenido semántico, serían portadoras de un sentido equivalente al de las cláusulas. Por último, las interjecciones puras vendrían ejemplificadas a través de las llamadas interjecciones «propias» de la

tradición gramatical (v. gr. *ah*, *oh*, *eh*, *auuuuh*, *zas*...) y demostrarían más que ningún otro grupo, a juicio de Lope Blanch, que nos encontramos ante elementos ajenos a la lengua en el sentido sauriano —el sistema—, aunque sí puedan ser caracterizados como elementos lingüísticos o semióticos.

En un sentido contrario al defendido por Lope Blanch, Almela (1982: cap. IV) confiere estatus lingüístico-gramatical a las interjecciones, a las que considera expresiones convencionalizadas en cada lengua concreta, lo que las aleja de otros elementos lingüísticos y paralingüísticos con los que comúnmente se las ha vinculado. En uno de los escasos intentos de caracterización de estas unidades dentro del inventario de las clases de palabras de una lengua, este investigador define la interjección como *lexismo* (perteneciente al estrato del discurso repetido, pero a diferencia de los modismos, habitualmente frases, las interjecciones se realizan como palabras), *autovalente* («en su vertiente sintáctica no está regida por ningún otro miembro de la cadena sintagmática, p. 80), *factitivo* (posee un significado léxico de orden activo, pragmático, esto es, completado en un contexto/contexto determinado).

Por lo que se refiere a la vertiente sintáctica de este análisis, el carácter autovalente de la interjección, Almela deja claro que su autonomía sintagmática no sustrae a ésta de la posibilidad de regir otros elementos integrantes del discurso. Y de ahí la distinción, implícita ya en tradición gramatical, entre interjecciones que originan dependencias (v. gr. *¡caramba con tu amigo!*), de aquellas otras que no rigen otros elementos, grupo al que pertenecen las unidades interjectivas más frecuentes en el habla. De estas últimas se ha dicho, por ejemplo, que figuran «al frente del enunciado o en situación parentética» (Alcina y Blecua 1975: 825), «cortando a menudo el hilo de la oración» (Bello 1981: 163), características de las que, como veremos más adelante, participa con frecuencia la expresión estudiada en el presente trabajo<sup>5</sup>. En todos los casos, sin embargo, Almela considera que la función de la interjección es la de *enfaticador sintáctico*, haciendo uso de un adjetivo de gran tradición en la lingüística pero de cuyo alcance apenas se realiza un análisis pormenorizado<sup>6</sup>.

5. A distinguir este grupo de otro cuyas características comparte la interjección con modismos y lexemas y que se produce cuando aquella aparece sólo en el enunciado, en cuyo caso, como señala el propio Almela (1982: 90) «ni es intensificador explícito, ni refuerza nada, ni origina dependencias, ni comienza o interrumpe oración».

6. Así, por ejemplo, en la oración «rediez que susto», este investigador se limita a comentar que la interjección «rediez» enfatiza la oración nominal «qué susto», de la misma manera que «ojalá vengas», la forma «ojalá» enfatiza el predicado «vengas» y mientras en la expresión «caracoles», la unidad interjectiva es enfatizadora del sentido contextual que ella misma tenga en ese acto de habla.

Por otro lado, y en relación con el significado de las interjecciones, Almela se alía junto a los lingüistas que separan las interjecciones del resto de palabras por ser portadoras de significados activos y expresivos que contrastan con el significado denotativo y simbólico de sustantivos, verbos o adjetivos, por ejemplo. Acudiendo a su terminología particular: el lexismo es de orden activo, el lexema de orden enunciativo. La forma «mechachis» aprehende-presentando el pesar, la forma «me ha molestado», por ejemplo, lo aprehende-expresando. «Bravo» hace<sup>7</sup> la acción a la que alude, por ejemplo, «muy bien» (p. 89).

También desde una cierta perspectiva pragmática en el análisis de las interjecciones, Ferrari (1983: 57-58) distingue entre «interjecciones débiles», de uso retórico y convencional, e «interjecciones fuertes», caracterizadas por su mayor espontaneidad y expresividad. En opinión del lingüista uruguayo: «Las interjecciones débiles, a fuerza de utilizarse en circunstancias que las despojan de su valor de espontaneidad y afectividad, pueden convertirse en simples elementos de relleno, «tics» del lenguaje (...). La interjección se convierte así en una muletilla. Frente a ellas llamamos «interjecciones fuertes» no precisamente a las palabrotas, sino a aquellas palabras que conservan plenamente su valor de exclamación espontánea y que responden de manera inmediata a la irrupción de un estado de dolor, alegría, tristeza, sorpresa, etc...». Esta distinción entre interjecciones fuertes y débiles, y sobre el carácter de «relleno» o de simple apoyo elocutivo de las últimas, tiene una especial relevancia para nuestro objeto de estudio ya que, como intentaremos demostrar más adelante, la funcionalidad de *eh* en el discurso trasciende con mucho ese tipo de caracterizaciones.

#### 4. USOS DE LA INTERJECCIÓN COMO MARCADOR DISCURSIVO

Las características de interjecciones y marcadores, brevemente reseñadas en los epígrafes anteriores, nos conducen ante una cuestión polémica: ¿es posible concebir al mismo tipo ciertas expresiones lingüísticas como interjecciones y como marcadores discursivos? Y en caso afirmativo ¿en qué contextos?, ¿cuáles son las significaciones aportadas por las interjecciones en la organización del discurso? ¿en qué dimensiones de las actividades discursivas actúan dichos elementos?

Para responder a la primera de las preguntas planteadas habría que comenzar admitiendo que, pese a las diferentes definiciones concebidas para ambas cla-

7. El subrayado es nuestro.

ses de unidades lingüísticas<sup>8</sup>, existen aspectos que las aproximan. Así, por ejemplo, hemos advertido la posibilidad que presentan las interjecciones para funcionar como unidades enfatizadoras de otras unidades del habla<sup>9</sup>, —bien es verdad, que casi nunca se pasa de la mera enunciación del adjetivo enfatizador, sin que se analice en profundidad cuál puede ser el alcance de dicha función en casos concretos— y también hemos aludido a su capacidad para ocupar una posición externa respecto a los enunciados cuyo significado matizan. Asimismo, y desde un punto de vista significativo, hemos subrayado el carácter fundamentalmente pragmático que para algunos gramáticos tienen estas unidades.

D. Schiffrin (1987: 328), en la caracterización de las unidades que en una lengua pueden funcionar como marcadores, propone, entre otras, las siguientes notas definitorias:

a) Debe tratarse de unidades secuencialmente separables o no dependientes del enunciado sobre el que actúan.

b) Suelen aparecer en una posición marginal respecto a dicho enunciado, generalmente la posición inicial.

c) Aparecen acompañados de una serie de rasgos prosódicos particulares, entre los que se incluye generalmente, un acento de intensidad seguido por una pausa.

Es fácil apreciar que la mayor parte de las características anteriores no son incompatibles con los datos aportados por otros tratadistas a propósito, al menos, de algunas interjecciones comúnmente aceptadas como tales. La propia Schiffrin (1994: 345), pese a reconocer las dificultades hermenéuticas que plantea la concepción tradicional de las interjecciones como formas que pueden ocurrir en el habla como equivalentes a oraciones, y que rara vez entran a formar parte de otro tipo de construcciones que no sean las paratáticas —lo que las alejaría de los marcadores— admite la posibilidad de concebir algunas de estas expresiones bajo ambas nociones<sup>10</sup>. De hecho, esta misma inves-

8. Sin duda, a ello contribuye sobremanera el distinto ámbito disciplinario en el que se abordan interjecciones y marcadores. Mientras las primeras siguen siendo objeto de estudio preferente de los estudios gramaticales —especialmente en la lingüística estructural—, los marcadores aparecen vinculados estrechamente a los distintos enfoques desarrollados en los últimos años en torno al análisis del discurso.

9. Si bien es cierto que sólo se contemplan las unidades lingüísticas de alcance gramatical, como los sitagmas o las oraciones, y no otras del nivel discursivo, como los actos de habla, los turnos de palabra, las intervenciones, los intercambios, etc. (vid. Roulet (1981); Coulthard (1977); Kerbrat-Orecchioni (1990); Vion (1992)).

10. Algún otro investigador prefiere analizar ambos conjuntos, interjecciones y marcadores, desde una única perspectiva funcional. Así lo ha hecho Goffman (1981), por ejemplo, en su interpretación de los gritos de respuesta en la conversación.

tigadora ha dedicado una atención especial a una de esas formas en inglés, la interjección *oh*, de la que como marcador discursivo ha destacado su papel en el cambio de orientación (objetiva o subjetiva) que puede aportar al discurso cuando los interlocutores manipulan el flujo de la información producida en el curso de la interacción. Así ocurre, por ejemplo, en el extracto de la conversación que reproducimos seguidamente<sup>11</sup>:

- (1) Henry: El otro día vi a un chico trabajando en la playa que era licenciado en derecho.  
 ¡Y no podía encontrar un trabajo!  
 Zelda: [¡¿Estaba vendiendo tickets en la playa?!]  
 Debby: [¡No me digas!]  
 Henry: ¡Siii...!  
 Debby: Peroo... ¿hablaste con él?  
 Henry: *oh!*, bueno yo no hablé con él, me lo dijo una mujer.

Como puede apreciarse en la última intervención de Henry, éste reorienta la información contenida en la respuesta a la pregunta de Debby y lo hace guiado por la presunción de que ésta ha interpretado incorrectamente parte de la información emitida previamente.

## 5. LA INTERJECCIÓN *EH* COMO MARCADOR DISCURSIVO DEL ESPAÑOL

### Introducción

Pensamos que el caso de la interjección *eh* en español es un ejemplo prototípico de las posibilidades que presenta un análisis interaccional para dar cuenta de la multiplicidad de valores significativos que una forma como ésta puede ofrecer en diferentes tipos de interacción. En el caso de *eh*, como en el de cualquier otra interjección, la tradición gramatical se hubiera limitado probablemente, y en el mejor de los casos, a inventariarla en el seno de alguno de los grupos paradigmáticos de significaciones propuestas<sup>12</sup>.

Ahora bien, al margen de las dudas que puedan suscitar estas clasificaciones, basadas en criterios heterogéneos y generalmente estáticos, nos parece que la crítica principal que puede formularse a esta clase de planteamientos es la ausencia de consideraciones contextuales en el análisis de los valores que

11. Se trata de un ejemplo extraído del propio trabajo de Schiffirin (1987: 87) y que adaptamos al español con cierta libertad para la presente ocasión.

12. Para una revisión de las más conocidas, puede acudirse, por ejemplo, al reseñado libro de Almela (1982).

este tipo de expresiones adquieren en el discurso<sup>13</sup>. De esta manera, factores como el tipo de interacción llevada a cabo por los participantes, los cuadros y espacios interactivos desarrollados por éstos en las distintas fases del intercambio comunicativo, los géneros textuales a los que pertenecen las diversas secuencias en que se estructuran sus intervenciones, las identidades sociolingüísticas de los interlocutores, sus intenciones, etc., son entre otros, y junto al propio contenido proposicional de los enunciados lingüísticos, indispensables para una interpretación cabal de las unidades del discurso, como la que aquí hemos elegido.

### Metodología

Para la obtención de los datos del habla real que presentamos en este trabajo, nos hemos servido fundamentalmente de grabaciones de diversos tipos de situaciones comunicativas que responden a otras tantas clases de interacción:

1.º Programas de radio y televisión en los que se producen situaciones de intercambio comunicativo más o menos espontáneo, especialmente en las llamadas «tertulias» radiofónicas, tan populares en los últimos tiempos en España y en las que diversos «especialistas» —generalmente periodistas— debaten<sup>14</sup> durante algún tiempo sobre temas de la actualidad política. A este debate se suman en ocasiones y durante algunos minutos ciertos oyentes del programa que llaman a la emisora para exponer sus opiniones, y generalmente también, sus discrepancias con alguno de los intervinientes anteriores. Asimismo, en esta clase de emisiones es relativamente frecuente la inserción de entrevistas a personajes de actualidad.

En una tipología de actividades interaccionales estas manifestaciones de habla podrían ser clasificadas como debates, discusiones, disputas, etc., en el curso de las cuales es posible hallar, no obstante, secuencias más pequeñas como módulos conversacionales, consultivos, etc. Las mismas fueron obtenidas tras unas 15 horas de grabación.

13. Si bien Almela no realiza una descripción detallada de las interjecciones como la que aquí proponemos —entre otras razones porque no es ése el objetivo básico de su libro—, tiene el mérito al menos de reconocer la importancia del contexto en la identificación de los valores significativos de aquéllas. En sus palabras: «Las diferentes clases de interjecciones presentan un determinado tipo de acto ante lo expresado *por, con o en* el contexto\contexto» (p. 108).

14. Como se ha dicho en ocasiones, en muchas de esas tertulias más que un debate propiamente dicho, en el que se enfrentan opiniones dispares sobre un determinado tema, se produce una curiosa animidad entre los puntos de vista de los diversos contertulios, lo que en buena lógica vendría a anular el debate. La fuerte politización de esos espacios, al servicio —o en contra— de determinados intereses políticos o de otra índole, es la principal responsable de ese estado de cosas. En estos momentos, pocos son los espacios de este tipo que escapan a tales características.



2.º Interacciones entre dos o más personas en las que a diferencia de los tipos anteriores los intercambios comunicativos no son de carácter competitivo o conflictivo.

Para este trabajo nos hemos hecho con muestras de dos tipos de interacción. En primer lugar de conversaciones, caracterizadas por la simetría en los papeles psicosociales ocupados por los interlocutores, una fuerte inclinación hacia la cooperación interaccional antes que a la competitividad, así como una finalidad «interna» centrada en el contacto y en la reafirmación de los lazos sociales y personales (Vion 1992: 135). Los dominios sociales elegidos para la obtención de las muestras han sido, por un lado, la familia y, por otro, las relaciones amistosas.

El segundo tipo de interacciones incluidas en este grupo responde a las llamadas consultas (vid. Bange 1987). Se trata de interacciones complementarias en las que el cuadro interactivo fundamental primario consta, por un lado de un participante que dispone de conocimientos especiales sobre un tema —socialmente reconocidos—, y por otro, de un segundo protagonista, el consultante, que interpela a aquél en el marco institucional de esa competencia especializada. Una de las situaciones de este tipo más conocidas y estudiadas desde la óptica del análisis del discurso es la consulta médica en la que doctor y paciente mantienen un diálogo<sup>15</sup> durante un determinado período de tiempo. Y a este tipo pertenece precisamente las interacciones examinadas en el presente trabajo.

Todos los datos obtenidos de las interacciones de este segundo grupo corresponden a unas 8 horas de grabación aproximadamente. En todos los casos, se trata de grabaciones anónimas realizadas por el investigador al objeto de no interferir sobre la espontaneidad de los participantes<sup>16</sup>.

#### *El nivel de actuación de eh en las actividades discursivas*

El primer aspecto que quisiéramos destacar en relación al uso de *eh* en el discurso interaccional es su elevado grado de ocurrencia. Como muestra, y para introducir nuestro análisis de su funcionalidad en el discurso sobre bases

15. Adoptamos aquí el concepto de diálogo desde una perspectiva amplia que podría incluir cualquier clase de interacción. Somos conscientes, sin embargo, de la polémica que suscita entre algunos analistas el tema de los límites de este tipo de interacción comunicativa.

16. En una fase posterior, expusimos a las personas que habían participado de esta forma involuntaria los objetivos de la investigación y solicitamos su permiso para transcribir algunos pasajes de las interacciones para su estudio. Hay que subrayar que ninguno de los intervinientes puso el menor reparo, cosa que queremos agradecer desde estas líneas.

empíricas, presentamos a continuación el siguiente extracto de una conversación telefónica en la que una paciente ha llamado a su médico-pediatra para consultar algunas dudas respecto a la actitud que debe adoptar ante un problema que acaba de surgir con su niño pequeño. Tras la intervención telefónica de la madre, la doctora explica a ésta qué debe hacer ante la situación planteada y lo hace con estas palabras:

- (3) Doctora: ...depende del talante que esté *eh*  
 si está fuerte y se encuentra bien, bájale un poquito, *eh*  
 no lo saques ahora, pero... allá a las 6 o las 7 *eh*  
 un ratito *eh*...  
 más que nada para que tome un poco el aire *eh*

Como puede observarse, la doctora concluye cada uno de los enunciados que dan cuerpo a su explicación —a sus consejos médicos en este caso—, con la forma *eh*. Podríamos decir que la interjección utilizada aquí se presenta en el discurso bajo una doble perspectiva funcional; por un lado sirve para señalar las diversas etapas en el proceso de aporte de información y por otro intenta facilitar la comprensión al interlocutor.

Al igual que otros marcadores discursivos, *eh* no entraña un único valor en el habla. Al contrario, sus posibilidades significativas son, como veremos, notablemente amplias y ello dependerá lógicamente de la incidencia de ciertos factores contextuales.

Siguiendo a Vion (1992: 200-203), podemos proponer que *eh* en su papel de marcador discursivo funciona en tres dimensiones fundamentales:

a) La dimensión ideal o informativa<sup>17</sup>, que afecta a todas aquellas estrategias o actividades lingüísticas que conciernen prioritariamente a la construcción conjunta de la significación.

b) La dimensión inter-enunciativa, en la que están implicados todos los fenómenos discursivos que tienen una relación prioritaria con la construcción de la relación entre los interlocutores y entre éstos y lo expresado por sus enunciados. La posición recíproca de los participantes en la interacción, en palabras de Vion: «passe par des activités d'auto-implication du locuteur,

17. Preferimos esta segunda denominación ya que la traducción literal del francés *idéel* no se adecuaría bien a nuestro objeto de estudio. Por otro lado, eludimos también otras etiquetas muy extendidas en los estudios sobre las funciones del lenguaje, como referencial, representativo, simbólico, etc., para evitar posibles confusiones entre teorías que, pese a un común denominador de intereses, parten de concepciones particulares y específicas del discurso. No debe olvidarse que en este trabajo hemos apostado por una aproximación interaccional y no puramente funcional del discurso. De ahí que persigamos la coherencia tanto en la exposición de ideas como en la terminología utilizada.

par sa façon de nommer les objets de discours, para la tonalité qu'il imprime à l'échange, par ses attitudes et ses conduites non verbales, par sa manière de prendre en compte les propos de son partenaire, par la nature des signaux d'écoute qu'il émet lorsqu'il se trouve en position de destinataire, etc.» (p. 202).

A nuestro juicio, y como intentaremos demostrar más adelante, el uso de *eh* como marcador encuentra en esta dimensión del discurso su principal campo de acción. Podríamos decir que, como valor general, nuestra unidad es una señal interlocutiva, que apela explícitamente o implícitamente al interlocutor, y a través de la cual el hablante marca su actitud hacia determinadas unidades del habla (proposiciones, actos de habla...), así como hacia sus relaciones con los demás participantes en la interacción.

c) La dimensión «discursiva» en la que se incluyen por ejemplo, todos los aspectos exteriores del discurso que los analistas de la conversación han formulado como constricciones sistémicas de la misma (la gestión de la alternancia en el turno de palabras, los diversos procedimientos de interpolación, de repetición, de reformulación, de modulación, etc. Asimismo, esta dimensión afecta al problema de los géneros discursivos o tipos de textos (vid. Adam 1992).

El alcance de los marcadores discursivos abarca con frecuencia las tres dimensiones anteriores, aunque no sea infrecuente el hecho de que en cada caso particular la mayor incidencia se produzca en una de ellas. Para facilitar la claridad expositiva, analizaremos a continuación diversos ejemplos que muestran las aportaciones significativas de nuestra interjección en cada una de dichas dimensiones, con la salvedad ya hecha de que no nos encontramos ante compartimientos estancos que impiden una valoración desde las otras vertientes del análisis. Por el contrario, nuestra opción epistemológica para el estudio de las interacciones se alía junto a la de aquellos lingüistas que apuestan por un análisis global de la comunicación humana. Un análisis que tenga presentes todas las complejidades del discurso y no una compartimentación en áreas de investigación aisladas.

En el caso de *eh*, formulamos además la hipótesis de que los valores potenciales que puede adquirir en las dimensiones informativa y discursiva guardan una estrecha relación con el papel preponderante que como marcador discursivo desempeña en la dimensión inter-encunciativa, cuyo valor general enunciarnos más arriba.

Por último, digamos que la polifuncionalidad de *eh* como marcador viene facilitada fundamentalmente por la ausencia de un estatus gramatical y/o semántico definido.

### *La dimensión informativa*

Una de las unidades estructurales del habla donde la presencia del marcador *eh* es más frecuente es el par de adyacencia pregunta/respuesta. A continuación ofrecemos algunos ejemplos en los que nuestro marcador aparece en contextos que comparten una característica común, la búsqueda de un consenso entre los interlocutores acerca de los significados emitidos en el curso de la interacción. En todos ellos, la presencia de *eh* se sitúa sistemáticamente al final de una unidad discursiva, ya sea tras la intervención o turno de palabra de uno de los interlocutores<sup>18</sup>, y por tanto como inicio de la intervención del segundo participante, ya sea como cierre de algunas de las unidades desarrolladas por el primer locutor, sean éstas de un nivel superior (intervenciones) o inferior (actos de habla)<sup>19</sup>. En todos los casos, el marcador aparece como un elemento sintáctica y fonológicamente separable de los enunciados en los que se apoya y cuya significación pragmática contribuye a perfilar, una de las condiciones indispensables, como se recordará, para abordar el estudio de estas expresiones como marcadores discursivos. Desde el punto de vista prosódico, destaca el hecho de que a dicha unidad se superpone una entonación interrogativa, lo que se corresponde perfectamente con el marco estructural del par pregunta/respuesta a través del cual los participantes buscan concretar el significado de sus enunciados.

Para seguir un orden expositivo que resulte claro para el lector, abordaremos en primer lugar el comentario de algunos ejemplos en los que *eh* actúa como elemento interrogativo, esto es, primer miembro del par de adyacencia en el que se formula el acto de habla de preguntar y que espera ser completado por el acto de habla de la respuesta del interlocutor. Entre las diversas significaciones posibles, y sin pretensiones de exhaustividad en el análisis del tema, proponemos los siguientes grupos:

18. No entramos en la polémica acerca de la distinción epistemológica posible entre intervención —término adoptado de la clasificación jerarquizante de las unidades discursivas que hicieron famosos los investigadores ginebrinos dirigidos por Roulet— y turno de palabra, concepto más cercano al análisis conversacional desarrollado principalmente entre sociólogos y etnometodólogos norteamericanos. Valga con reseñar que, para algunos autores, la intervención de un hablante en el curso de un intercambio comunicativo no se constituye en turno de palabra si adquiere simplemente un carácter reactivo. A pesar del interés que dicha polémica tiene desde un punto de vista teórico, nos parece que desborda los límites de un trabajo básicamente experimental como el presente.

19. Adoptando la tipología de las unidades discursivas propuesta por Roulet (1981), podemos distinguir entre unidades *Idialogales* como la interacción, la secuencia y el intercambio, y unidades *monologales*, que son las que nos ocupan en estos momentos. En este segundo nivel Roulet estudia dos tipos de unidades: las *intervenciones*, por un lado, y los *actos de lenguaje* (*actes de langage*), por otro.

a) *Solicitud de repetición de información por parte del interlocutor*(4) Esther: ...está Juanito mucho más moreno que Silvia *eh*<sup>20</sup>Elena: ¿*eh*?

Esther: que está más moreno que Silvia, Juanito.

En el ejemplo anterior —extraído de una conversación de sobremesa entre dos hermanas que tienen sendos bebés sobre los que intercambian diversos comentarios— se observa cómo ante la aparente incompreensión de lo expresado por la primera hablante —sea por una perturbación en el canal auditivo, por falta de suficiente atención, o incluso por alguna otra razón de orden psicológico<sup>21</sup>— la segunda participante solicita que su interlocutora repita una información que no ha entendido en primera instancia y lo hace a través de una pregunta breve como *eh*, que, quizá en otra situación, podría haber sido sustituida por otras —v. gr. *¿cómo?*, *¿qué dices?*...—.

Pecisamente esta posible sustitución y la equivalencia semántica entre ambos tipos de unidades lingüísticas, así como el hecho de que nos encontremos ante el único contexto en que *eh* no figura al final del enunciado de un mismo interlocutor, sino como comienzo de la intervención del segundo, puede sugerir la posibilidad de que en estos casos la función de *eh* no sea la de un auténtico marcador discursivo. Recuérdese cómo para algunos lingüistas, al menos cuando la interjección puede aparecer como unidad equivalente a una oración, no podríamos hablar en puridad de verdaderos marcadores discursivos.

No obstante, los argumentos anteriores no nos parecen razones suficientes para descartar la posibilidad de un análisis de la interjección como marcador discursivo, incluso en este contexto. Por lo que se refiere al aspecto estructural que lleva el aislamiento de *eh* en la intervención interrogativa del segundo participante, cabría indicar que es posible imaginar otras situaciones en las que la interjección se apoye en otros enunciados y por lo tanto no apa-

20. Sobre el valor de ese primer *eh* del que no nos ocuparemos ahora, valga con decir por el momento que encuentra su interpretación más adecuada en la dimensión inter-enunciativa de la interacción, aquella en la que los hablantes se sitúan emocionalmente frente a sus propios enunciados y frente a los de sus interlocutores. En la presente ocasión, parece claro el valor reforzatorio que la interjección imprime a la opinión de Esther. Otros casos en los que actúa fundamentalmente esta dimensión discursiva serán analizados en la sección siguiente de este mismo capítulo.

21. Por ejemplo, Elena ha podido molestarse por el comentario de Esther en el que ésta establece una comparación a propósito del aspecto físico que ofrecen ambos niños. Hay que decir, para facilitar la comprensión del lector, que Silvia es la hija de Elena y Juan (Juanito) el de Esther, y que la conversación cuyo fragmento transcribimos se produjo en el verano de 1994.

rezca sola. Por ejemplo, es perfectamente posible imaginar que Elena hubiera enunciado.

Elena: *eh?*, *qué dices*, *que no te he oído*

Más importante que este argumento, nos parece, sin embargo, la consideración del valor que este elemento puede tener en la dimensión inter-enunciativa de la conversación. Como decíamos más arriba, las causas que pueden llevar a Elena a enunciar *eh* pueden ser diversas. Efectivamente, la presencia durante el intercambio de algún elemento perturbador del canal auditivo puede ser una de las que le lleven a solicitar una repetición de la información expresada por la interlocutora en su anterior intervención. Pero no es la única. Es perfectamente posible imaginar otras situaciones en las que *eh* no suponga tanto una solicitud de información o una reformulación de la misma, sino una estrategia deliberada para ganar tiempo y no darse por aludido ante un contenido que, o no es de su interés o, sencillamente, le desagrada. En este contexto, nos encontraríamos con que la finalidad de la interlocución, al menos por parte de uno de los participantes, no hunde sus raíces en la dimensión informativa de la actividad discursiva, sino en la que lleva al posicionamiento recíproco de los interlocutores en la interacción, esto es en la dimensión inter-enunciativa. En ese momento de la interacción, la participante Elena podría estar modificando momentáneamente el espacio interactivo de la conversación al adoptar un papel de *ofendida* que altera el carácter generalmente cooperativo y amistoso de la aquella.

b) *Solicitud de confirmación de que la información ha sido asimilada por el interlocutor*

(5) Locutor de radio: Bueno, y ahora vamos a jugar a un juego que consiste en, eeee...

vamos a ver... vamos a ver...

sí, ya lo tengo

cada uno de nosotros va a pensar algo que le gustaría hacer en este momento sí ahora mismo

y se lo va a decir en voz baja al compañero que tiene al lado ¿*eh*?

En este caso *eh* funciona como una especie de comprobativo, es decir, como una señal que adosada al enunciado base sirve para solicitar al interlocutor —en esta ocasión varios— que la información comunicada por aquél ha sido felizmente asimilada por los interlocutores. La respuesta de éstos puede ser verbal —del tipo *vale*, *de acuerdo*, *sí*— o no verbal —gesto afirmativo con la cabeza, etc.—. Sea el del tipo que sea, lo importante a los efectos estructu-

rales del análisis interaccional es que la previsible continuación del flujo verbal por parte del primer hablante constituirá otra intervención diferente.

c) *Solicitud de información y estrategias de modalización*

- (6) Doctora: pero ¡cómo se parece esta niña a su hermano!  
 es que parece una fotocopia  
 una fotocopia s:iiii, bonitaaa,  
 ¡ay que bonita eres! siii, siii (*risas*)  
 Elena: ¿sí?  
 Tu crees, ¿eh??  
 Tanto ¿eh?

En casos como éste ya no estamos ante una dimensión que afecta simplemente al caudal de información intercambiado por los participantes, sino ante otras significaciones que tienen que ver con las relaciones entre los interlocutores y sus enunciados. Así, en el ejemplo anterior, matices expresivos diversos como la sorpresa o la alegría causadas por el comentario de la doctora, llevan a Elena a formular una pregunta confirmatoria en la que hay algo más que una simple petición de reformulación o explicación del contenido de sus palabras, sino también esos otros valores significativos de los que hablábamos más arriba. Por ello, decimos que a la simple solicitud de confirmación de una información, se une aquí un proceso de modalización, que en el seno de la interacción afecta a todas aquellas actividades discursivas relacionadas —entre otros— con los procesos de evaluación, tanto de los enunciados como de los propios actos de enunciación producidos conjuntamente por los participantes en el intercambio comunicativo<sup>22</sup>.

Los matices significativos que en estos contextos interrogativos puede aportar *eh* son diversos, como diversos son también los procesos a los que afectan las estrategias de modalización. Por ejemplo, en el siguiente diálogo extraído de un guión cinematográfico, el primer hablante, un policía, se dirige a su interlocutor en un tono conminatorio y amenazante ya que desea obtener una respuesta inmediata de un testigo al que acusa de un asesinato.

- (7) Policía: ¿por qué no nos dice la verdad de una vez ¿eh?  
 Testigo: ¿pero si ya se la he dicho?  
 ¡yo no estaba en aquel momento en el apartamento!

En suma, solicitud de información, manifestación de nerviosismo e impaciencia por parte del primer hablante y tono amenazante ante su interlocutor,

22. Como señalan Apfelbaum y otros (1991: 39): «Elle (la modalisation) S'inscrit dans l'énonciation des locuteurs, est porteuse d'effets pragmatiques et participe à l'espace interactif où les locuteurs s'inscrivent».

tres tipos de significación distintas, que afectan a diferentes dimensiones de las actividades discursivas, pero todas ellas condensadas en ese primer enunciado gracias a la presencia del marcador.

*La dimensión inter-enunciativa*

A diferencia de los casos analizados hasta el momento, otras situaciones dan lugar a la aparición de *eh* también con entonación interrogativa y como una señal de la presencia de interlocutor en la interacción que se está llevando a cabo, pero sin que ahora el hablante espere realmente una respuesta explícita, a pesar de que ocasionalmente ésta pueda aparecer.

En tales circunstancias el hablante puede manifestar diversos sentidos para los que la presencia del marcador es pieza clave. Por otro lado, estos significados expresivos abarcan desde estrategias que persiguen el carácter cooperativo de la comunicación hasta otras que, por el contrario, ponen el acento en los aspectos más conflictivos de la interacción. En cualquiera de estos casos, nos encontramos, como ya vimos, ante la dimensión discursiva que, siguiendo a Vion (1992: 202) hemos denominado inter-enunciativa y por la que cada uno de los co-enunciadores (Cf. Culioli 1990) participa en la construcción de un espacio interactivo complejo a partir de la heterogeneidad de las instancias enunciativas.

En primer lugar, analizaremos algunos de los ejemplos recogidos en nuestro *corpus*, en los que la presencia de *eh* al final de los enunciados de un interlocutor se convierte en una verdadera marca de complicidad interaccional. Veamos algunas situaciones.

En la primera de ellas, dos personas, que en la vida real son marido y mujer y que, por tanto, es previsible que conozcan bien las estrategias y actividades discursivas preferidas por cada uno de ellos, están viendo por televisión unas imágenes en las que aparecen las actuaciones vandálicas de unos hinchas de fútbol tras un partido. En esa situación, se produce el siguiente intercambio mínimo:

- (8) José Luiz: Son majos ¿eh?  
 Elena: Sí.

La coherencia del enunciado emitido por José Luis está plenamente garantizada en la situación descrita, incluso aunque Elena no hubiera respondido lingüísticamente al estímulo emitido por su marido. La competencia pragmática de Elena le ha permitido comprender inmediatamente la significación irónica implicada en dicha expresión, un contenido al que en este caso contribuye, sin duda, la presencia del marcador *eh* como cierre del enunciado emitido por el primer hablante.

En el siguiente ejemplo, tomado esta vez de una conversación producida en un programa radiofónico, el presentador del mismo dialoga con un doctor que colabora habitualmente en su espacio, asesorando sobre problemas de salud a los oyentes que deciden llamar por teléfono para exponer sus casos particulares. En la despedida del programa, el presentador se dirige a su médico-colaborador en los siguientes términos:

- (9) Presentador: Bueno, doctor,  
gracias por haber estado aquí una semana más...  
...y por cierto,  
que la semana que viene vamos a asustar al personal con el jamón ¿eh? (risas)

La presencia de *eh* marca la presunción de que existe una información compartida por ambos interlocutores y que resulta desconocida por el resto de la audiencia. Lo anecdótico de este caso concreto es que la complicidad perseguida por el hablante no puede concretarse puesto que esas expectativas de información compartida se revelan como falsas, al menos en ese momento de la interacción, como se desprende de la continuación de la secuencia conversacional que reproducimos a continuación:

- Doctor: ¿del jamón?  
Presentador: sí, que les vamos a dar un pequeño disgusto a nuestros queridos oyentes, sobre los peligros que comporta el tomar jamón  
Doctor: Ah, aah, siii (risas)  
ya, bueno, pero no es para tanto  
no es para tanto.

La elaboración conjunta de un clima de cooperación interlocutiva, especialmente en la vertiente emocional de la comunicación, se aprecia también en el siguiente ejemplo, tomado de nuevo de un programa de radio. En él, el presentador del espacio entrevista a un conocido comentarista deportivo que durante décadas se ocupó de la retransmisión de diversos acontecimientos deportivos<sup>23</sup>. Tras la presentación del invitado, el director del programa pretende crear desde el principio un clima de cordialidad a través de diversas actividades discursivas que vienen a ensalzar la imagen social del invitado. En el siguiente fragmento, extraído de dicha entrevista, observamos la confluencia de estrategias de repetición e hiperbolización que sirven para realzar la figura del interlocutor y —lo que más nos interesa aquí— cómo al final de cada uno de los enunciados anafóricos emitidos por el entrevistador aparece nuestro

23. La entrevista se realizó, junto a otras muchas actividades, en el marco de los actos de celebración del septuagésimo aniversario de la primera emisión de radio en España.

marcador. En tales casos, además, la entonación que se superpone a *eh* ya no es interrogativa, sino claramente exclamativa:

- (10) Presentador: ¡cuántas horas delante de los micrófonos ¡eh!  
cuántas horas pasando frío por esos campos de Dios ¡eh!  
cuántas horas contando a los oyentes las jugadas, los remates, las faltas, los fueras de juego, ¡eh!  
Invitado: Hooombre... ya lo creo, ya lo creo.

Aunque aparentemente *eh* no aporta en estos ejemplos significado referencial alguno, y de hecho podría ser eliminado sin que ni la aceptabilidad de las frases ni el significado denotativo del conjunto resultaran perjudicados, su presencia en esta situación comunicativa parece natural e indispensable para lograr esa complicidad emocional iniciada por uno de los interlocutores y que probablemente va a presidir el resto de la entrevista. En definitiva, estamos ante un ejemplo en el que la interjección actúa como un claro marcador de las relaciones entre los participantes en el marco de la dimensión inter-enunciativa de la interacción.

Ahora bien, como es lógico, no siempre las actividades discursivas discurren en ambientes de complicidad interpersonal y ni siquiera de cooperación comunicativa, entendiéndose este concepto en el sentido más neutro con que suele ser definido en los estudios sobre la interacción. Las interrupciones y solapamientos continuados en los turnos de palabra, los intentos bruscos de toma de la misma para acallar al que la tiene hasta ese momento, la falta de consideración o el hacer oídos sordos a lo expresado por los demás son, por desgracia, manifestaciones demasiado frecuentes en la comunicación humana como para que podamos tomar demasiado al pie de la letra la famosa máxima de colaboración de Grice.

Con frecuencia, pues —con demasiada, cabría añadir—, el discurso interaccional en lugar de cooperativo se convierte en conflictivo. Los interlocutores debaten, discuten y hasta ocasionalmente disputan con violencia en el momento de esgrimir sus argumentos, opiniones o sentimientos, estableciendo de esa forma espacios interactivos en los que los papeles psicosociales de los participantes se alteran con respecto a situaciones más distendidas.

En este contexto, *eh* es también utilizado con frecuencia en ciertos tipos de interacción de carácter conflictivo, aportando con su presencia significaciones no referenciales que connotan tanto el tipo de relación existente entre los interlocutores en un momento determinado del intercambio verbal como el sentido emocional que el hablante imprime a sus enunciados. Sentimientos como la indignación, el desprecio, la ira y otros de fuerte carga emotiva suelen aparecer

con frecuencia en esta clase de interacciones. Así, en el siguiente ejemplo, tomado de una tertulia radiofónica, una oyente llama a la emisora con el fin de contestar y reprender a uno de los contertulios, que en el curso de una intervención anterior había sido especialmente duro en sus críticas hacia un cuerpo de la Administración del Estado que por aquellos días se hallaba en huelga. Valga el siguiente fragmento de su intervención para justificar lo que decimos:

- (11) Señora (oyente del programa): porque oiga, yo soy una funcionaria *eh* y trabajo hasta las ocho *eh* todos los días *eh* y a mi no me regala nadie nada *eh*. Eso para que lo sepa, usted, *eh* eeee el que ha hablado antes que no sé cómo se llama bueno da igual.

La indignación de la hablante ante lo expresado por su interlocutor es evidente y ello, unido con toda seguridad a su escaso dominio de la palabra en ámbitos públicos y al nerviosismo del momento de la intervención, ofrecen como resultado esa reiteración compulsiva de la interjección. En todo ello se dan la mano tanto la función de marcador de énfasis expresivo de la que aquí nos hemos ocupado, como también una cierta funcionalidad discursiva: la que supone el servir de ese apoyo elocutivo para la emisión de los diversos enunciados en que aparece estructurada la intervención. Pero de esta última función nos ocuparemos con más detalle en un epígrafe posterior.

Asimismo, podríamos incluir como manifestaciones de la actuación del marcador en esta dimensión inter-enunciativa algunas interacciones en las cuales un participante se dirige a otro para realizar actividades discursivas en las que aparecen implícitas diversas actitudes, ya sea en relación con su interlocutor, con el propio contenido de los enunciados emitidos o en ocasiones, con ambos a la vez. Consideramos brevemente los siguientes casos:

a) *Actos de habla, competitivos y conflictivos (consejos, amenazas, órdenes, advertencias...)*<sup>24</sup>

- (12) Madre (a su hijo): ¡cállate ya de una vez *eh* que ya te he dicho que si no te portas bien no iremos al Toys

24. Entre las diversas clasificaciones sobre los actos de habla que se han propuesto en los últimos años nos inclinamos por la de G. Leech (1983: cap. 5.1), quien distingue cuatro tipos de actos —a los dos anteriores se suman los actos conviviales y colaborativos— a partir de las relaciones que sus funciones ilocucionarias mantienen con el objetivo social de establecer y mantener la colaboración interaccional entre los participantes.

- (13) Locutor de radio (a sus oyentes): bueno, y quedáis advertidos ya y el que avisa no es traidor *eh*

Recuérdese también en este capítulo el ejemplo (2), en el que una doctora se dirigía a su paciente para proporcionarle algunas recomendaciones y consejos que debía seguir en el cuidado de su hijo. También en aquel caso, la mayoría de los enunciados que expresaban estos actos de habla eran reforzados por la presencia del marcador.

b) *Estrategias de modalización*<sup>25</sup>

- (14) Esther: ¿quieres un poquito de vino de éste?  
está muy bueno *eh*

Ricardo: sí, échame un poquito  
peso sólo ¡un pooco!  
no te paaseees (risas)

- (15) Contertulio (en un programa de radio): pero hay un proverbio que sí puede servir para explicar en parte lo que va a ocurrir  
bueno, aunque no tenga que ocurrir forzosamente en este caso  
el proverbio dice: el tiempo lo cura todo... y en parte es verdad *eh*

La diferencia principal entre ambas interacciones, producidas en situaciones completamente distintas —la primera corresponde a una conversación en un dominio familiar, mientras la segunda está sacada de una tertulia radiofónica— reside en el hecho de que en el primer caso la hablante, además de realizar un juicio valorativo sobre un objeto de la situación extralingüística al que está aludiendo, expresa a la vez un acto de invitación hacia el interlocutor. Por el contrario, en (15) sólo se produce el primer tipo de actividad interaccional: con ella el hablante evalúa la adecuación entre el contenido del enunciado que acaba de producir y la realidad —al menos de la realidad vista desde su propia óptica—.

c) *Secuencias interaccionales ritualizadas*

c.1. Despedidas

- (10) Esther: Bueno, hasta luego *eh*

25. Sobre el contenido de estas estrategias, recuérdese lo dicho en una sección anterior de este mismo trabajo. Para más detalles, véase Vion (1992: cap. VII).

## c.2. Agradecimientos

(17) Elena: Bueno, y muchas gracias por todo *eh*

Desde el punto de vista de corrientes de pensamiento como el interaccionismo simbólico o la tradición goffmaniana del análisis conversacional, enunciados como (16) y (17) muestran la importancia que algunos marcadores, como el que nos ocupa, pueden tener para la adopción de estrategias de figuración (Cf. Goffman 1981) que tienen como finalidad esencial la de preservar las imágenes que como sujetos sociales poseen los participantes en el curso de los intercambios comunicativos. Nociones ya célebres como el *face* de Goffman o el *soi* de Mead (1963) intentan dar cuenta precisamente de esos ámbitos de la personalidad psicosocial de los participantes que los interlocutores tienden a resguardar generalmente en la comunicación. A partir de ellas, otros investigadores, como Brown y Levinson (1987), han elaborado algunas teorías en torno a determinadas estrategias comunicativas de carácter universal, como las manifestaciones de cortesía, que, no tanto desde el punto de vista de la preceptiva social cuanto desde una óptica pragmática (Blas (en prensa)), suelen presidir las interacciones para garantizar que las actividades discursivas discurren por unos cauces de la concordia interlocutiva.

Así las cosas, un enunciado como (16), por ejemplo, emitido en una situación en la que la hablante se está despidiendo de un interlocutor con el que no tiene excesiva confianza podría ser considerado en estos términos. Y a nuestro juicio, a ello contribuye decisivamente la presencia de la interjección que actúa como un marcador de que ese acto de la despedida debe ser interpretado de una forma particular en una situación también particular. En cierto modo, el acto último de la despedida puede ser concebido en determinadas situaciones como una ruptura unilateral por parte de uno de los participantes del proceso interaccional que se ha estado desarrollando hasta ese momento<sup>26</sup>. De hecho, las despedidas no suelen ser dilucidadas por uno solo de los participantes, sino que, por lo general, requieren de una serie de actividades previas —verbales y no verbales— que justifiquen dichos actos. A nuestro juicio, en (16) la presencia del marcador *eh* como refuerzo del enunciado que ejecuta el acto de la despedida forma parte de la estrategia —inconsciente— elegida por un locutor para mitigar esa potencial negatividad implícita en el acto. Cuando éste dice «Bueno, hasta luego *eh*», puede estar

26. Desde esta óptica sociopragmática, en determinadas situaciones el acto de la despedida podría ser interpretado como una agresión al *face* del interlocutor, al que se impide la posibilidad de continuar el proceso comunicativo.

dando a entender a su interlocutor que lo siente, pero que realmente debe marcharse y, por tanto, interrumpir en ese punto el diálogo.

El enunciado (17) podría ser interpretado desde una óptica teórica semejante, sólo que en esta ocasión en un sentido opuesto. La presencia del marcador enfatiza la acción de agradecimiento emprendida por el locutor, lo que a su vez refuerza la vertiente positiva del *face* interaccional. Si dar las gracias supone siempre destacar la imagen positiva del sujeto social que representa el interlocutor, es posible concebir ciertas unidades lingüísticas, como el cuantificador (muchas) o el marcador *eh* en la secuencia conversacional anterior, como elementos discursivos dirigidos a acentuar dicha acción. Adoptando la tipología de Brown y Levinson (1987) sobre la cortesía, cabría pensar que mientras en (16) nos encontramos ante una manifestación de cortesía negativa, ya que el acto comunicativo de la despedida supone una cierta agresión al *face* negativo del interlocutor —un *face* que intenta ser reparado precisamente por el enunciado elegido— (17), por el contrario, vendría a representar una muestra de cortesía positiva, al subrayar esta vertiente —positiva— del *face* que representa la acción del agradecimiento.

*La dimensión discursiva*

A pesar de que, como ya anunciamos en otro momento, nuestro análisis de la interacción parte de una perspectiva en la que las posibles funciones desempeñadas por los elementos lingüísticos —y no lingüísticos— deben abordarse desde una perspectiva global, nos ha parecido conveniente dedicar un capítulo a los principales valores que la interjección *eh* puede aportar tanto como marcador de la cohesión entre los enunciados que componen una unidad textual, como de otras facetas de la dimensión discursiva que están implícitas en la realización de cualquier actividad comunicativa.

El concepto de cohesión es uno de los que habitualmente se menciona como unidad esencial de la textualidad. En opinión de Hatakeyama y otros (1986), por ejemplo, las propiedades esenciales del discurso son la conexividad, la cohesión y la coherencia. A diferencia de las dos primeras, la coherencia textual es una propiedad inherente del texto ya que depende entre otras cosas de la labor de un intérprete. Esto es, un texto es coherente si el estado de cosas emitido por un locutor puede ser correctamente interpretado por otro participante, o lo que es lo mismo, si dicho mensaje posee para éste último un sentido pleno y ajustado a las intenciones del primer enunciador. Por otro lado, ya hemos visto cómo en esta tarea de la coherencia textual, los marcadores discursivos pueden desempeñar un papel relevante. El lector recorda-

rá, por ejemplo, como en (8) la interpretación correcta por parte del interlocutor de que el enunciado del otro participante contenía grandes dosis de ironía era posible, entre otras razones pragmáticas e irracionales, gracias a la presencia de nuestra interjección como cierre del lacónico enunciado. O como en (10) la repetición sistemática de *eh* al final de cada uno de los enunciados emitidos por el hablante, que encarnaba el papel de entrevistador, reforzaba la complicidad interpersonal pretendida en la entrevista.

A diferencia de la coherencia, la cohesión —que tiene a su vez un estadió previo en la conexividad<sup>27</sup>— es un rasgo esencial de la textualidad. En opinión de Hölker (1989: 84), una secuencia o un texto están cohesionados si se hallan temáticamente bien formados, lo cual implica: «thematic progression and thematic order based on the sense-semantic constitution of thematic complexes».

A continuación comentaremos algunos casos en los que el uso de *eh* puede ser analizado también como un factor relevante en la estructuración temática de diversas unidades del discurso.

#### a) Señalización de la excepcionalidad de un tópico

En el siguiente diálogo, dos presentadores de un conocido programa musical de la radio española realizan, tras la audición de una pieza instrumental que comentan con entusiasmo, el siguiente intercambio:

- (18) Fernando: Araceli,  
a que no sabes quien interpreta esta maravilla  
Araceli: pues... no  
¿quién?  
¿Menuhin...?  
Fernando: ¿qué va, que va!  
el violinista... lo dice aquí...  
el violinista ...se llama ...se llama ...Víctor Pedi...  
Pediigrinsski *eh*  
y tiene sólo 23 años, el angelito.

27. Hatayama y otros (1986) distinguen entre dos tipos de conexividad. La Primera, basada en la forma, tiene que ver con las propiedades fónicas y gramaticales de las partes del texto -v. gr. ciertos contornos entonacionales, estructuras sintácticas, etc...). La segunda, basada en el contenido, depende de factores tales como las relaciones de identidad referencial, relaciones conectivas entre diversas partes del texto como las que llevan a cabo los conectores de subordinación o coordinación. Por ello, a juicio de Hölker (1989): «connexity is a necessary condition for cohesion».

En la segunda intervención de Fernando, en la que se propone deshacer el suspense en el que ha dejado a su interlocutor tras la pregunta, éste subraya no sólo la excepcionalidad de que una interpretación musical como la que se acaba de escuchar haya podido ser realizada por un violinista tan joven, sino también la dificultad que representa la lectura del nombre eslavo, dificultad que aparece marcada también mediante algunas repeticiones («se llama... se llama») que apuntan hacia la actividad extralingüística —la lectura dificultosa— que el hablante está llevando a cabo en ese momento.

#### b) Contraste temático

La situación en que se produce la siguiente secuencia interaccional es así: un periodista formula una pregunta a un político, al que en los últimos tiempos se ha relacionado con un caso de corrupción. En ella se demanda al interlocutor una valoración de la situación creada por los acontecimientos recientes a partir de una calificación realizada por el entrevistador. Presentamos a continuación el par pregunta/respuesta expresada en tal ocasión:

- (19) Entrevistador: ¿no le parece preocupante la situación que se ha creado y más teniendo en cuenta que a todo esto se suma, se suiman... otros muchos casos de corrupción, que están en la mente de mucha gente.  
Político: preocupante no, me parece indignante, *eh*  
hemos llegado a una situación inquisitorial en la que cualquiera, sin aportar una sola prueba es capaz de poner bajo sospecha la cualquier institución o a las personas que representan a dichas instituciones.

Como puede observarse, la presencia de *eh* se produce en el primer enunciado de la respuesta del político, en la que éste niega la valoración realizada por el entrevistador y aporta la suya propia. En ese contexto, la interjección se convierte, pues, en un marcador que refuerza el contraste temático tanto de los elementos que aparecen en las dos unidades interactivas —pregunta/respuesta— como de los mismos enunciados de la segunda intervención. De esta manera, lo que sigue a *eh* representa un intento de justificación de dicho contraste valorativo.

#### d) Señalización de diversos tipos de texto<sup>28</sup>

Nuestra interjección desempeña también un papel importante como señalizadora de transiciones entre unidades enunciativas en diferentes tipos de textos como exposiciones, narraciones, argumentaciones, etc. Con frecuencia, sin

28. Sobre las características principales de los llamados *tipos de textos* o *géneros textuales* como la argumentación, la narración, la exposición, etc., puede acudirse, por ejemplo, al reciente



embargo, a esta dimensión se añaden otras significaciones, especialmente aquellas que actúan en el orden inter-enunciativo revisado en el epígrafe anterior.

En una interesante caracterización de los géneros textuales, F. François (1990) ha señalado que las interacciones comunicativas, lejos de ser manifestaciones de tipos discursivos puros, constituyen generalmente un encadenamiento de diferentes secuencias —narrativas, argumentativas...— cuyos límites vienen dados por la presencia de ciertos elementos verbales a los que, en ese sentido, podríamos considerar como verdaderos metasignos. Así, por ejemplo, y aplicando esta teoría al español, los módulos descriptivos en el seno de una interacción podrían venir señalizados por expresiones como *y también*, el género narrativo por otros como *y entonces*, *y después*, *y va y...*, combinaciones como *sí, pero* para el género argumentativo, etc.

En los ejemplos de interacciones que describiremos a continuación, podemos observar cómo *eh* desempeña una función semejante con respecto a algunos de esos géneros, ya que el hablante se apoya en este marcador para señalar —a veces, como hemos visto ya, con gran carga emocional—, los enunciados de que consta su locución.

En la argumentación, por ejemplo, la presencia de *eh* es relativamente frecuente en diferentes clases de interacción caracterizadas por el carácter conflictivo de la interlocución. El locutor se sirve de nuestro marcador como una especie de apoyo enunciativo en la emisión de las diferentes partes en las que estructura su discurso (exposición de motivos, razonamiento, conclusión, etc.). Así ocurre, en el ejemplo siguiente, en el que dos hablantes, profesores de universidad ambos, conversan sobre temas laborales y donde el primero de ellos emite en el curso de su intervención una secuencia argumentativa, en este caso realizada no con intención de convencer a su interlocutor, sino tomando a éste como testigo de un razonamiento supuestamente expresado a un tercer participante implícito:

- (20) Profesor A: Mientras un profesor... *eh*  
 cumpla con sus deberes administrativos...  
 Profesor B: ¿Administrativas?  
 Profesor A: qué digo administrativos, joder...  
 docentes, docentes y bueno, de investigación también, *eh*,  
 pues mientras cumpla con esto, *eh*  
 no le pueden exigir nada más  
 y lo demás son ganas de joder *eh*  
 ya está bien, hombre  
 que además de putas quieren que les pongamos la cama.

te trabajo de Adam (1992), en el que éste autor, por cierto, opta por la primera de las denominaciones.

Obsérvese cómo el marcador aparece en este caso en diferentes partes de la argumentación. La primera presencia sirve como una especie de antesala enunciativa en la que el hablante probablemente se apoya para preparar la organización cognitiva de la sección que contendrá los motivos de su razonamiento. En la segunda, sin embargo, pero en especial en la tercera, la interjección ejerce una función de cierre de la secuencia de motivos que sustentan su razonamiento, mientras en la última actúa como conclusión evaluadora de esta secuencia argumentativa inserta en el curso de la conversación.

En nuestro corpus la presencia de *eh* es particularmente frecuente en secuencias que aparecen en el curso de interacciones de carácter conflictivo. Así ocurre, por ejemplo, con las discusiones y no digamos con las disputas, en las que los interlocutores exponen o argumentan generalmente con notable contundencia y expresividad. Y ello es perfectamente observable tanto en el curso de interacciones cotidianas como en otros cuadros interactivos menos convencionales. Este es el caso de las tertulias radiofónicas, ya comentadas en diversas ocasiones a lo largo de este trabajo. Generalmente en su parte final, algunas tertulias propician la comunicación bilateral entre los contertulios presentes ese día y algunos oyentes del programa que deciden llamar por teléfono para discrepar o ratificar alguna de las opiniones expresadas anteriormente en el curso del debate. En el siguiente ejemplo, una señora llama indignada al programa para expresar su opinión respecto a una reciente sentencia judicial sobre una banda de narcotraficantes que fue objeto de una gran polémica en los meses finales de 1994, ya que a juicio de amplios sectores de la sociedad, había frustrado las expectativas de aplicar mano dura con ese tipo de delitos. De las palabras de esta mujer entresacamos la siguiente secuencia, en la que muestra su indignación a través de la comparación entre el tema objeto de estudio con otro caso en el que las consecuencias judiciales fueron completamente distintas:

- (21) Señora: mire yo llamo porque esto no puese ser  
 no sé dónde vamos a llegar con la justicia que tenemos *eh*  
 porque yo conozco el caso de una señora,  
 bueno de una vecina que... que tiene un hijo en la cárcel,  
 en la Modelo de aquí, de Barcelona  
 y... la señora me decía *eh*...  
 que su hijo *eh*,  
 por mucho menos delito *eh*  
 lo habían condenado a diez años de cárcel *eh*  
 ¿y usted cree que a eso hay derecho?  
 pues, yo creo que no...

y si tuvieran vergüenza esos jueces *eh*  
 se tendrían que ir de aquí *eh*  
 porque están haciendo mucho daño a este país,  
 mucho daño.

En (21) *eh* funciona como marcador en diferentes secuencias discursivas. Tanto en la primera como en las dos últimas ocurrencias, la interjección sirve como refuerzo de las significaciones emotivas explicitadas por la hablante en las distintas partes de la argumentación que sustentan sus opiniones negativas acerca de la justicia española. Las siguientes ocurrencias de *eh*, sin embargo, pergeñadas también de las mismas connotaciones emocionales, funcionan ahora como marcadoras de las unidades enunciativas que componen la secuencia narrativa que ocupa la parte central de la intervención de la hablante.

En el ejemplo siguiente, una hablante está dirigiéndose por teléfono a otra persona a la que supone una competencia particular para resolverle un problema que ha surgido en la adquisición de unos libros. Tras la fase de apertura, en la que ambos interlocutores se identifican y se saludan mutuamente, la primera participante abre una secuencia narrativa que tiene como fin explicar a su interlocutora el origen del problema que ha originado la presente interacción:

(22) Margarita: mira Esther  
 yo pedí unos libros de la editorial SM *eh*  
 hace de esto... pues... creo... unos cinco meses *eh*  
 cuando hicimos la última petición de libros *eh*  
 eso... te acuerdas ¿no?  
 y el caso es que ahora me han llegado las fichas de unos libros  
 de otra editorial

Repárese en el hecho de que, en el presente caso, la hablante se sirve de la marcación de algunas de las unidades de que consta su secuencia narrativa para guiar la comprensión del interlocutor, es decir, para ayudarle a localizar el origen del problema planteado y poder pasar en una fase posterior a la resolución del mismo. De nuevo, pues, un ejemplo en el que queda explícita la imbricación de las diferentes funciones y significaciones de nuestro marcador discursivo.

A la vista de estos y de otros muchos ejemplos que podríamos añadir, no cabe concluir que nuestra interjección actúe como un marcador específico en una sola clase de género discursivo. Hemos visto muestras de habla en las que *eh* funciona como señalización en módulos argumentativos o narrativos que surgen en el curso de diferentes tipos de texto. Pero también podríamos

aumentar la nómina con nuevos ejemplos de otros géneros discursivos. Sirva como muestra el ejemplo (2), con el que abríamos este análisis empírico de nuestra interjección. Como se recordará, en aquel caso una doctora exponía a una madre una serie de consejos para el cuidado de su hijo en el seno de una interacción consultiva. En dicho marco expositivo, también era posible observar la polifuncionalidad de nuestro marcador: *eh* cerraba cada una de las unidades enunciativas en las que se exponían los actos de habla mencionados y permitía a la vez que la progresión temática desarrollada por el hablante fuera asimilada con mayor facilidad por el interlocutor.

En conclusión, sea en secuencias argumentativas, narrativas o expositivas, *eh* funciona como una marca de la progresión temática que se establece entre sus diferentes unidades significativas y de ahí que nos parezca justificada la afirmación realizada al principio de que nos encontramos ante un marcador que contribuye no sólo a la coherencia discursiva, sino también a la cohesión en el plano textual.

##### 5. ALGUNAS OBSERVACIONES SOCIOLINGÜÍSTICAS SOBRE EL USO DE *EH* COMO MARCADOR DISCURSIVO.

Además del aspecto funcional, al que hemos dedicado la mayor parte de este trabajo, nos parece que el empleo de *eh* como marcador discursivo tiene también un interés sociolingüístico y no quisiéramos concluir este artículo sin realizar alguna reflexión sobre el mismo.

Al igual que otros marcadores (vid. Östman 1981: 67; Bazzanella 1990: 642), del uso de nuestra interjección también pueden derivarse algunas connotaciones sociales que podrían convertirla en una variable sociolingüística cuantitativa, aunque para la obtención de conclusiones más precisas sería necesario trabajar con un volumen de datos más amplio y sobre todo, jerarquizados de acuerdo con determinados factores sociales y contextuales. Como se recordará, nuestros datos han sido obtenidos de diferentes tipos de interacción (conversación, consultación, discusión, disputa...) en situaciones y cuadros interaccionales diferentes (programas de radio y televisión, conversaciones en el seno de diferentes dominios como la familia, las relaciones amistosas, profesionales...), por lo que sí podemos dar cuenta de la relevancia, al menos cualitativa, de las diferencias de registro en la variabilidad de nuestra unidad, pero no de otros factores no estructurales habituales en la investigación sociolingüística.

Con todo, a partir de las muestras de habla real que hemos manejado —y de nuestra intuición— creemos posible extraer algunas conclusiones en

torno a la significación sociolingüística del uso de la interjección *eh* como marcador discursivo en español.

En primer lugar, quisiéramos destacar el hecho de que las diferencias en el uso de *eh* no son diferencias de inventario, esto es, que la presencia del marcador en el discurso se extiende por todo el espectro social, sin que ningún grupo social eluda su empleo en algún tipo de interacción o actividad discursiva. A lo largo de las páginas anteriores, hemos tenido la oportunidad, precisamente, de valorar diversos casos reales de intercambio comunicativo cuyos participantes correspondían tanto a personas pertenecientes a estratos socioculturales elevados —políticos, periodistas, doctores...— como a otros más bajos —por ejemplo, una buena parte de los oyentes que llaman a los programas de radio y televisión.

Ahora bien, si no es posible descartar el empleo de *eh* como marcador discursivo en la actuación de ningún grupo social, nuestros datos muestran la existencia de diferencias frecuenciales entre los representantes de algunos de ellos. Así, entre los individuos de niveles socioculturales más bajos el empleo del marcador es mucho más activo. En el caso de estos hablantes, además de las funciones pragmáticas e interaccionales analizadas a lo largo del trabajo, la interjección representa un instrumento elocutivo muchas veces indispensable para conseguir completar el mensaje que se quiere transmitir. Ello ocurre con frecuencia, por ejemplo, en secuencias argumentativas o expositivas que requieren de una cierta habilidad, esa «facilidad de palabra» que, por lo general, no está precisamente entre las virtudes de dichos hablantes. En estas circunstancias, el recurso a formas como la que aquí estamos analizando permiten no sólo la marcación valorativa de las unidades que componen una intervención, sino también un imprescindible auxilio verbal en el que apoyarse para continuar la misma enunciación.

Por último, hay que subrayar una característica a la que ya hemos hecho referencia en diversas secciones del trabajo y es que el uso de *eh* como marcador discursivo está especialmente vinculado a ciertos tipos de interacción, ya sea simétrica —*v. gr.* la discusión—, ya sea complementaria —*v. gr.* el debate, la disputa...—, caracterizadas por la relación conflictiva entre los participantes. Su empleo puede ser interpretado como un elemento verbal que se halla a disposición de los participantes y que permite reforzar ideas, puntos de vista, sentimientos, etc., con el fin de argumentar, rebatir, contradecir, etc., a los otros participantes en el intercambio comunicativo. Por el contrario, cuanta mayor es la intimidad con que se desarrolla la interacción, la posibilidad de aparición de *eh* como marcador discursivo es menor.

En suma, y a la vista de los datos presentados en este trabajo, consideramos que, lejos de ser un elemento expletivo, superfluo o innecesario, una simple muletilla que nada aporta al desarrollo de la interacción —otra cosa es la connotación social que se dé a su empleo, y, sobre todo, a su reiteración continuada—, la interjección *eh* es una unidad lingüística importante en su función de marcador discursivo, no sólo por su contribución a otras significaciones distintas a las referenciales —como las sociales y emotivas—, sino, incluso, por sus aportaciones a la propia configuración de los espacios interaccionales que se suceden en el curso de la comunicación humana.

#### 6. APÉNDICE: ALGUNAS NOTAS SOBRE LAS CONVENCIONES UTILIZADAS EN LA TRANSCRIPCIÓN

Para facilitar la lectura de los pasajes analizados en el trabajo hemos eludido la utilización de signos que pudieran dificultar la comprensión a los lectores. No obstante, creemos oportuno indicar algunas convenciones que intentan dar cuenta, siquiera aproximadamente, de diversos rasgos lingüísticos, paralingüísticos y proxémicos indispensables para una interpretación más cabal de las interacciones:

- oooo alargamiento de un sonido con finalidades expresivas; el número de letras señala la longitud aproximada de esa manifestación verbal
- eee.... elementos de transición entre enunciados que expresa dudas, vacilaciones, etc.
- .... pausas (el número de puntos intenta reproducir aproximadamente la duración de éstas)
- (P. 8. s.) pausa larga, de una duración aproximada de X segundos
- ¡! signos convencionales para expresar que la entonación que se superpone a los distintos enunciados es exclamativa, exhortativa, imperativa, etc.
- ¿? signos convencionales para la entonación interrogativa
- (risas) actos no lingüísticos que acompañan a los enunciados verbales.

Por otro lado, y siguiendo en esto la metodología utilizada habitualmente por Schiffrin (vid. 1987: 1994), hemos parcelado el material lingüístico a través de unidades enunciativas y no de otro tipo —*v. gr.* gramatical—. Para la delimitación de éstas, hemos tenido en cuenta diversos factores como los actos de habla ejecutados por los interlocutores, los contornos melódicos superpuestos a cada enunciado, la existencia de pausas entre los mismos, los

potenciales solapamientos entre las intervenciones de los distintos participantes, etc., esto es, un conjunto de aspectos que, a nuestro juicio, permiten describir mejor el carácter comunicativo del lenguaje en el que se dan cita significaciones denotativas, expresivas y sociales.

JOSÉ LUIS BLAS ARROYO

Universidad Jaume I

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAM, J. M. (1992): *Les textes, types et prototypes*. Paris, Nathan.
- APFELBAUM, B. y otros (1991): «Signalization de contextes modaux dans le français d'apprenants arabophones». En RUSSIER, C. y otros (1991): *Modalizations en langue étrangère*. Publication de l'Université de Provence.
- ALCINA, J. y BLECUA, A. (1975): *Gramática española*, Barcelona, Ariel.
- ALMELA, R. (1982): *Apuntes gramaticales sobre la interjección*. Murcia, Universidad de Murcia.
- AUSTIN, J. (1962): *How to do things with words*. Oxford, Oxford University Press.
- BANGE, P. (1987): *L'analyse des interactions verbales. La dame de Caluire, une consultation*. Peter Lang.
- BAKHTINE, M. (1986): *Speech Genres and Other Later Essays*. Austin, University of Texas Press.
- BAZZANELLA, C. (1990): «Phatic connectives as interactional cues in contemporary spoken Italian», *Journal of Pragmatics*, 14, pp. 692-647.
- BELLO, A. (1847/1981): *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (ed. crítica de Trujillo, R., Universidad de La Laguna, La Laguna).
- BLAS, J. L. (1995): «Los pronombres de tratamiento y la cortesía». *Revista de Estudios Hispánicos*. Universidad de Puerto Rico (en prensa).
- BROWN, P. y LEVINSON, S. (1987): *Politeness. Some Universals in Language Usage*. Cambridge University Press, Cambridge.
- COULTHARD, M. (1977): *An introduction to discourse analysis*. London, Longman.
- CULIOLI, A. (1990): *Pour une linguistique de l'énonciation. Opérations et représentations*. Vol. I, Paris, Éditions Ophrys.
- DUCROT, O. y otros (1995): «Enfin, marqueur métalinguistique», *Journal of Pragmatics* 9, pp. 199-239.
- FERRARI, A. (1983): «Interjecciones, exclamaciones y muletillas: el francés frente al español y sus modalidades regionales». *Parallèles*, 6, pp. 55-61.
- FRANÇOIS, F. (ed.) (1990): *A la recherche du sens. Des ressources linguistiques aux fonctionnements langagiers*, SELAF, n.º 316.
- GOFFMAN, G. (1981): *Forms of talk*. Oxford, B. Blackwell.
- HATAKEYAMA, K. y otros (1986): «Text, Connexity, Cohesion, coherence». En SÖZER (ed.) (1986): *Text Connexity, Test Coherence. Aspects, Methods, Reslts*. Hambrug, Buske.
- HÖLKER, K. (1989): «Con and Co: Continuity and Marqueurs in Oral Discourse». En CONTE, M. E. y otros (eds.): *Text and discourse connectedness*. Amsterdam, Benjamins, pp. 83-92.
- LEECH, G. (1983): *Principles of Pragmatics*. London, Longmans.
- LOPE BLACH, J. M. (1956): «Sobre el valor gramatical de las interjecciones». *Antología del México City College*, pp. 47-60.
- (1962): «Observaciones sobre la interjección». *Indianoromania*, 1, pp. 19-25.
- LUKE, H. K. (1987): «The establishment of common ground in natural conversation: The case of the utterance particle LA in Contonese», Paper read at the 1987 International Pragmatics Conference, Antwerp.
- LUSCHNER, J. M. (1989): «Connecteurs et guidage inférenciel, propositions pour une perspective interlingue». *Bulletin-CILA (Organe de la Commission Interuniversitaire Suisse de Linguistique Appliquée)*, n.º 50, pp. 48-58.
- MEAD, G. H. (1963): *L'esprit, le soi et la société*. Paris, PUF.
- ORTEGA, J. (1985): «Los 'comprobativos'». En *Estudios románicos dedicados al profesor Andrés Soria Ortega*, pp. 239-55.
- ÖTSMAN, J. O. (1981): *You Know: A discourse —functional approach*. Amsterdam, Benjamins.
- ROULET, E. (1981): «Echanges, interventions et actes de langage dans la structure de la conversation». *Études de linguistique appliquée*, n.º 44, pp. 7-39.
- SCHIFFRIN, D. (1987): *Discourse markers*. Cambridge, Cambridge University Press.
- (1994): *Approachs to discourse*. Cambridge (Mass), Blackwell.
- SVARTVIK, J. (1980): «Well in conversation». En GREENBAUM, S. y otros (eds.): *Studies in English linguistics for Randolph Quirk*. London, Longman, pp. 167-177.